

## Borges y la política

Diego Tatián

“Borges y la política” establece una conjunción que no es obvia y cuyos términos requieren ser explicitados. También será necesario demorarse en el nexo.

*Borges* es, en primer lugar, un nombre propio. El de alguien que vivió entre 1899 y 1986, el de alguien que nació en Buenos Aires y murió en Ginebra, el de alguien que escribió narraciones, poemas, ensayos, y nunca una novela. Un nombre propio muy controvertido y muy significativo para la Argentina. Pero además, un nombre que connota una ambigüedad: por una parte “Borges” designa alguien que pensó, escribió, dijo e hizo ciertas cosas – un autor, un sujeto, una biografía-; por otra parte, con el vocablo Borges podemos aludir a un universo de textos autonomizados de su autor, que emiten significados por sí mismos, *textos pensantes* –no meras expresiones de los pensamientos de alguien que los haya escrito; más aún, textos cuyo pensamiento a veces contradice lo pensado por su autor. Como dirá Kipling y citará su discípulo argentino, los autores escriben la fábula pero ignoran la moraleja.

Estas dos acepciones de la palabra Borges –una subjetiva y otra objetiva- van a entremezclarse en la indagación. Quizás, para diferenciar un sentido y otro podamos hablar, en un caso, de la “obra *de* Borges” –donde el genitivo establece una propiedad-; y, en el otro caso, de la “obra-Borges”. Sin embargo, hecha esta aclaración, poner en práctica esta distinción gramatológica dificultaría inconvenientemente la exposición.

El otro término es *política*. Antigua palabra griega que remite a la pregunta por la relación con los otros; al hecho de que el mundo está lleno de gente, por lo general muy diferente entre sí; al hecho de que en el mundo hay otros con los que es necesario aprender a vivir. Política refiere a una acción y un tipo de sabiduría que tiene por objeto la diversidad fáctica de los seres humanos en el mundo. Por ahora sólo esto, deliberadamente vago.

Respecto al conjuntivo y, en este caso, querría significar eso, que conjunta, pone uno al lado del otro, com-pone –pues no hay, propiamente, un pensamiento político de Borges, sino en todo caso una importancia de su literatura para la reflexión sobre la política.

Se sabe que, a lo largo de su vida, Borges hizo muchas declaraciones políticas, por lo general desafortunadas. Sin embargo, lo que la composición

(Borges-y-la política) se propone indagar sobre todo es una *dimensión política* presente en algunos textos de Borges; o, según la especificación anterior, en la obra-Borges. Interrogar esos textos como si fueran máquinas pensantes que afectan a la política, o, más bien, al pensamiento que hace de ella su objeto.

Me será permitido comenzar con una rareza borgeana, que no concierne directamente a la política pero tal vez nos conduzca a ella.

I- En 1981 Borges publicó *La cifra*, su anteúltimo libro de poemas, en el que encontramos una composición muy extraña y enigmática llamada “La prueba”. Los versos dicen así: “*Del otro lado de la puerta un hombre / deja caer su corrupción. En vano / elevará esta noche una plegaria / a su curioso dios que es tres, dos, uno, / y se dirá que es inmortal. Ahora / oye la profecía de su muerte / y sabe que es un animal sentado. / Eres, hermano, ese hombre. Agradecemos / los vermes y el olvido*”<sup>1</sup>.

Dejaremos para después la palabra del título, ciertamente decisoria en la interpretación que se procura a continuación. Se trata de apenas nueve versos en los que Borges no sólo recorre un arco que va de lo más abyecto a lo más sublime y viceversa, sino que propone además una resolución notable de un problema metafísico mayor.

“*Del otro lado de la puerta un hombre*”. Sabemos que la puerta –así como su ausencia- determina toda una idea de la cultura. En la literatura y la ética borgeanas, la puerta se revela como un elemento recurrente y decisivo: “La puerta es la que elige, no el hombre”<sup>2</sup>. Recordemos por ejemplo ese cuento (en el que nos detendremos más adelante) del *Libro de arena* llamado “There are more things” –alusión al célebre pasaje que Shakespeare pone en boca del Príncipe Hamlet: “Horacio, hay más cosas en el cielo y la tierra, que cuantas se sueñan en tu filosofía”-; allí aprendemos que lo inconcebible, incluso lo indescriptible, lo jamás soñado por ninguna filosofía puede hallarse detrás de las puertas. En el poema de *La cifra* lo que hay del otro lado de la puerta es simplemente un hombre, que, nos es revelado en el anteúltimo verso, somos nosotros mismos. El sintagma final, del todo borgeano, escapa a la implacable lógica del poema (se salta de una descriptiva a una prescriptiva). La gratitud por los gusanos es el contrapunto perfecto respecto a la vanidad de la plegaria, dirigida a un dios curioso por su imposibilidad numérica; la

---

<sup>1</sup> “La prueba”, en *La cifra*, Emecé, Buenos Aires, 1981, p. 39.

<sup>2</sup> “Fragmentos de un Evangelio apócrifo”, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, p. 1012.

gratitud por el olvido contrasta en cambio con el “*se dirá que es inmortal*”, dicción afectada asimismo de vanidad. Nos resta un solo elemento abstracto: “*Ahora oye la profecía de su muerte*”, tal vez lo decisivo, en particular la palabra “ahora”. Un hombre –cada uno de nosotros- está ante el momento de la verdad, que no es de noche cuando eleva la plegaria sino “ahora”, sentado detrás de la puerta.

Estas palabras más bien graves (plegaria, dios, inmortalidad, muerte, olvido) en apenas nueve versos, se disipan y son derrotadas por otras, de menor cuantía y bien materiales: los vermes contra el dios, el “animal sentado” contra el que se dice inmortal. Por fin, comprendemos ya que la corrupción que se deja caer en el segundo verso no es precisamente moral sino corporal: tras la puerta que no puede ser otra que la del baño, “la prueba” de nuestra muerte nos es revelada en, cómo decir lo que Borges omite, el excremento, las heces, la zulla, la plasta, el zurullo, la inmundicia.

La hipérbole, perfecta, es sin embargo extraña por su tema, que podría presumirse no borgeano. Sin embargo, la desmitificación amable, el materialismo irónico, el agnosticismo lúdico tan propios de Borges obtienen aquí una forma singular: el secreto de nosotros mismos no nos es revelado a través de la plegaria en lugares solemnes, sino en el baño cotidiano, al dejar caer lo más deleznable, lo que no hemos podido incorporar, lo que es aún menos que cuerpo.

Borges comienza un cuento así: “Sentí lo que sentimos cuando alguien muere: la congoja, ya inútil, de que nada nos hubiera costado haber sido más buenos. El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos”. Acaso, pienso, este olvido es el origen de muchos males -incluso del Mal a secas. Si prestamos cotidiana atención a la “prueba” de nuestra condición mortal, o, lo que es igual, si somos borgeanos, deberíamos ser más buenos cada vez que salimos del baño.

**II-** Hay una relación esencial entre esa condición mortal y la política. Tal vez sea posible llegar a comprender esa relación por vía positiva. Se trata de un interrogante que presupone una extrema intensidad de la imaginación, y es éste: ¿habría política si fuésemos inmortales? Porque: ¿habría lenguaje? (el estrechísimo vínculo entre política y lenguaje encuentra su formulación más canónica, como se sabe, en el libro I de la *Politica* aristotélica); me pregunto también: ¿existirían las pasiones? ¿Tendríamos deseo o necesidad de otros?

¿Persistiría la pluralidad que busca su forma por obra de la política? ¿Permite, la inmortalidad, la memoria?

Como se habrá advertido, todos estos problemas están concernidos en “El inmortal”. Se trata de un texto que pone en escena la pregunta que interroga por la política y la inmortalidad, y los otros interrogantes que les son anejos.

La ciudad de los inmortales a la que llega el tribuno militar de las legiones de Roma Marco Flaminio Rufo, está deshabitada y su descripción plantea un motivo que será recurrente en la obra de Borges: lo inhabitable. “A la impresión de enorme antigüedad se agregaron otras: la de lo interminable, la de lo atroz, la de lo complejamente insensato... La arquitectura carecía de fin. Abundaban el corredor sin salida, la alta ventana inalcanzable, la aparatosa puerta que daba a una celda o a un pozo, las increíbles escaleras inversas, con los peldaños y las balaustradas hacia abajo. Otras, adheridas aéreamente al costado de un muro monumental, morían sin llegar a ninguna parte...”<sup>3</sup>.

La condición post-política de una ciudad abandonada e imposible, inhabitable, se halla ínsita en la utopía de inmortalidad -que tiene mucho que ver, de manera paradójica, con la pulsión de la muerte<sup>4</sup>. En la que sea tal vez la página más perfecta de todas las que ilustran la militancia antifascista de Borges en los años treinta y cuarenta, me refiero a la “Anotación al 23 de agosto de 1944”, se postula una conjetura extraordinaria, una deducción a priori de la derrota del nazismo. Leo: “El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad de su yo, puede anhelar que triunfe. Arriesgo esta conjetura: *Hitler quiere ser derrotado*. Hitler de un modo ciego, colabora con los ejércitos que lo aniquilarán...”<sup>5</sup>. Sin embargo, ese relato profundamente perturbador que es el *Deutsches Requiem*, invierte lo anterior y establece una tesis extraordinaria: *Hitler ganó la guerra, estamos en la barbarie*<sup>6</sup>.

En cualquier caso, lo que en la Segunda Gran Guerra hay en juego es, otra vez, Europa o Roma o la Civilización -que para Borges encarna

---

<sup>3</sup> “El inmortal”, en *Ibid.*, pp. 537-538.

<sup>4</sup> Ver sobre esto las sugestivas observaciones de Jean Baudrillard en *La ilusión vital* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2001), en particular el ensayo llamado “La solución final: la clonación más allá de lo humano e inhumano”.

<sup>5</sup> “Anotación al 23 de agosto de 1944”, en *Obras completas*, op. cit., p. 728.

<sup>6</sup> “Deutsches Requiem”, en *Ibid.*, pp. 576-581.

Inglaterra<sup>7</sup>. Por lo general, la guerra no es para Borges una contienda entre el eje y los aliados sino, en el fondo, entre Inglaterra y Alemania. Otras veces entre Inglaterra y Alemania (Borges dice en realidad ser él un “germanófilo”<sup>8</sup>) y todo Occidente (Atenas, Roma, Jerusalén) contra el Mal. Según esta última interpretación<sup>9</sup>, Hitler no es expresión de Alemania (cuyo destino, al igual que el de todos los países europeos, es la civilización), ni encarnación del *Volksgeist*, sino esencialmente “antialemán”.

Pero el nazismo y la ciudad de los inmortales son inhabitables por razones diferentes, como lo son la violencia pre-política y la indiferente soledad de una ciudad construida por inmortales o por dioses que “estaban locos”.

Una arquitectura de lo inhabitable es una arquitectura al fin, una arquitectura en la que la vida colectiva y la vida humana tal y como la conocemos (y la conocemos, precisamente, colectiva) resulta –o devino– imposible.

En la descripción borgeana la condición inmortal carece de lenguaje (se recordará aquí el motivo heideggeriano central que vincula el habla y la finitud: “el animal –dice el filósofo alemán– no habla, tampoco puede morir. Un fulgor repentino ilumina la relación entre la muerte y el habla”), carece de memoria, de solidaridad y de piedad, de interés por algo o por alguien, de necesidades de algún tipo. El viejo Aristóteles resume la idea en sólo una línea, célebre: “y el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada para su propia suficiencia, no es miembro de la Ciudad, sino como una bestia o un Dios”<sup>10</sup>. Por lo demás, una *res-publica* de hombres inmortales es una contradicción en los términos por el hecho de que –según Borges– la multiplicidad es concomitante con la finitud. La inmortalidad cancela el número y esa cancelación permite obtener “la perfección de la tolerancia y casi del desdén”, pues inscriptos en la infinitud “todos nuestros actos son justos, pero también son indiferentes. No hay méritos morales o intelectuales.

---

<sup>7</sup> “Decir que ha vencido Inglaterra es decir que la cultura occidental ha vencido, es decir que Roma ha vencido; también es decir que ha vencido la secreta porción de divinidad que hay en el alma de todo hombre, aún del verdugo destrozado por la victoria” (“Nota sobre la paz” (1945), en *Borges en Sur 1931-1980*, Emecé, Buenos Aires, 1999, pp. 33-34).

<sup>8</sup> “Definición del germanófilo” (1940), en *Textos cautivos*, Tusquets, Buenos Aires, 1986, pp. 335-338.

<sup>9</sup> “Ensayo de imparcialidad” (1939), en *Borges en Sur 1931-1980*, op.cit., 1999, pp. 29-30

<sup>10</sup> Aristóteles, *Política*, 1253a.

Homero compuso la Odisea; postulado un plazo infinito, con infinitas circunstancias y cambios, lo imposible es no componer, si quiera una vez, la Odisea. Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres”<sup>11</sup>.

La inmortalidad diluye la acción propiamente dicha, pues la despoja de todos y cada uno de los elementos que Hannah Arendt ha mostrado esenciales a su comprensión: la irreversibilidad –que vuelve necesario el perdón-; la imprevisibilidad –que volvería inhabitable la pluralidad humana si no existiera también la capacidad de prometer. Nada ni nadie es único, precioso, irrecuperable, irrepetible, azaroso o precario. No hay posibilidad de otro. (Finalmente –aunque no es esta la parte del relato que nos interesa ahora- una esperanza, la esperanza de hallar en alguna parte un río cuyas aguas restituyan la muerte y la frágil singularidad de la vida humana, devuelve el deseo, el lenguaje, la memoria y la multiplicidad).

**III-** Provisoriamente digamos que la política aparece como la posibilidad de una habitación colectiva y compartida de *individuos* que actúan hablan, recuerdan, anhelan, aman y odian, precisamente porque su condición no es la inmortalidad. Esa habitación común está amenazada por la barbarie inhabitable, pero también por la indiferencia, el desdén y la soledad que depara el destino de la civilización.

Las muchas dimensiones de lo bárbaro que es posible encontrar indagadas en la obra de Borges, hereda, me parece, la paradoja sarmientina de no poder nunca sustraer el elogio de la civilización a una fascinación de la barbarie. O tal vez la teoría de “los dos linajes”<sup>12</sup> permita, también aquí, comprender esa dimensión aporética que, a mi modo de ver, llega a su extremo en los cuentos de *El informe de Brodie*, tal vez el “libro político” de Borges. Publicado en 1970, anticipa como una extraña videncia –la que era atribuida a los ciegos como Tiresías en la Antigüedad- los años que vendrían inmediatamente en la Argentina. De los once relatos que lo componen, al menos siete (en particular *El encuentro*, *El otro duelo* y *El evangelio según Marcos*) abren una enigmática reflexión de la violencia, a la vez que su advertencia. Para Borges, la historia argentina –la historia en general- no tiene la forma de un progreso ni es posible verificar en ella innovaciones radicales

---

<sup>11</sup> “El inmortal”, op. cit., p. 541.

<sup>12</sup> Piglia, Ricardo, “Ideología y ficción en Borges”, en *Punto de vista*, n° 5, Buenos Aires, 1980.

o inauditas; antes bien pareciera el escenario en el que diferentes actores representan, sin saberlo, siempre el mismo drama.

Instrumentos inconscientes de una contienda única de las mismas fuerzas, los hombres se ven obligados a la lucidez del desciframiento más que a la invención. De manera que –dice citando a Carlyle– “la historia universal es un texto que estamos obligados a leer y a escribir incesantemente y en el cual también nos escriben”. El desciframiento lo es de una representación en la que los actores no saben lo que hacen ni el sentido exacto de sus actos; o bien llegan a saberlo mediante un laborioso método indiciario (*Tema del traidor y del héroe*), o les es revelado en el momento final (*Deutsches Requiem; Biografía de Tadeo Isidoro Cruz...*). En *El encuentro*, los hombres son instrumentos de las armas y no las armas de los hombres –que ignoran lo que hacen cuando empuñan una. “Uriarte no mató a Duncan; las armas, no los hombres, pelearon. Habían dormido, mano a mano, en una vitrina, hasta que las manos las despertaron. Acaso se agitaron al despertar; por eso tembló el puño de Uriarte, por eso tembló el puño de Duncan. Las dos sabían pelear –no sus instrumentos, los hombres– y pelearon bien esa noche. Se habían buscado largamente, por los largos caminos de la provincia, y por fin se encontraron cuando sus gauchos ya eran polvo. En su hierro dormía y acechaba un rencor humano.

Las cosas duran más que la gente. Quién sabe si la historia concluye aquí, quién sabe si no volverán a encontrarse”<sup>13</sup>.

Otras veces, una inspiración maniquea inscribe los conflictos humanos en el eterno combate del Bien y el Mal, la Luz y la Sombra, Dios y el Demonio. La contienda entre civilización y barbarie presenta un avatar de esta *Urszene*, que activa una sinonimia precisa: “Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un viking, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral”<sup>14</sup> –lo propiamente “inhabitable”. Esta declaración, ideológica por lo que alude y lo que elude, pareciera establecer lo esencial del pensamiento borgeano sobre los asuntos humanos. No obstante, la exploración del límite entre lo posible y lo

---

<sup>13</sup> “El encuentro”, en *Obras completas*, op. cit., p. 1043. La misma idea la encontramos, cuarenta años antes, en una página del *Evaristo Carriego* (1930): “Otra cosa quiere el puñal...; es, de algún modo, eterno, el puñal que anoche mató a un hombre en Tacuarembó y los puñales que mataron a César. Quiere matar, quiere derramar brusca sangre...” (Op. cit., p. 156).

<sup>14</sup> “Anotación al 23 de agosto de 1944”, op. cit., p. 728.

imposible –entre la civilización y la barbarie-, obtiene en algunas otras páginas una dimensión abierta y conjetural que relativiza, si no desdice, la anterior teología de la Luz donde reposa la civilización.

Tanto el informe del misionero escocés David Brodie como la historia de la ciudad de los inmortales, son hallados en un libro; el primero en una edición inglesa de *Las mil y una noches*; la segunda en una *Ilíada* traducida por Pope. Ambos están redactados en inglés con intercalaciones en latín. En ambos casos el que refiere el relato es quien lo traduce. Nada de todo esto es baladí. *Las mil y una noches* y la *Ilíada*, documentos mayores del Oriente y el Occidente, encierran un testimonio de lo imposible. Si la “ciudad de los inmortales” incursiona en una condición *post-política*, el “informe de Brodie”, podríamos pensar, describe una situación *pre-política*. Los *Yahoos* sobre los que informa el misionero, son de “naturaleza bestial”; cuentan con un lenguaje que “carece de vocales” (por lo que su transliteración resulta imposible); “se alimentan de frutos y reptiles”; “beben leche de gato y de murciélago”; “devoran cadáveres humanos”; “andan desnudos”; “habitan en ciénagas”; al niño que es consagrado rey “le queman los ojos y le cortan las manos y los pies”; “son insensibles al dolor y al placer, salvo el agrado que les dan la carne cruda y rancia y las cosas fétidas”; “veneran a un dios cuyo nombre es Estiércol” (un “ser mutilado, ciego, raquítico y de ilimitado poder”). Como al pasar, escribe Borges que dice el informe: “Lo mismo, me aseguran, ocurre con las tribus que merodean los alrededores de Buenos Aires” –ciudad que en 1840, fecha del texto, era gobernada por Rosas.

La descripción de Borges-Brodie concluye con un pequeño alegato relativista: “Escribo ahora en Glasgow... Los Yahoos, bien lo sé, son un pueblo bárbaro, quizás el más bárbaro del orbe, pero sería una injusticia olvidar ciertos rasgos que lo redimen. Tienen instituciones, gozan de un rey, manejan un cierto lenguaje basado en conceptos genéricos, creen, como los hebreos y como los griegos, en la raíz divina de la poesía y adivinan que el alma sobrevive a la muerte del cuerpo. Afirman la verdad de los castigos y de las recompensas. Representan, en suma, la cultura, como la representamos nosotros, pese a nuestros muchos pecados... Tenemos el deber de salvarlos. Espero que el gobierno de Su Majestad no desoiga lo que se atreve a sugerir este informe”<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> “El informe de Brodie”, en *Obras completas*, op.cit. pp. 1073-1078.



Tal vez el asombro por la variedad sea en Borges más elemental que cualquier verdad estabilizadora y así, en un mundo determinista en el que todo puede suceder, nadie –nos enseña la literatura rusa según un prólogo a Dostoievski-, nadie es imposible: traidores por fidelidad, crueles por bondad, asesinos por amor, suicidas por felicidad... Un guerrero bárbaro del siglo VI que abandona su condición y misteriosamente abraza la causa de Ravena, que es la de Roma; una mujer inglesa que opta por el desierto sudamericano y la perpetuación de su cautiverio entre los bárbaros. Sin duda, la “Historia del guerrero y la cautiva” exhibe de la mejor manera el típico procedimiento borgeano que realiza una conjunción en principio extraña o imposible –en este caso dos episodios separados por mil trescientos años- para encontrar allí una iluminación de lo común, una cifra o un símbolo de la existencia humana. Borges hace ver que la radical contingencia de las vidas no es contradictoria con la revelación del destino que, según tantos relatos suyos, se revela a los hombres, a veces, en el momento de morir. En todo caso, “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es”<sup>16</sup>. Ese destino que nos está deparado, no establece una identidad; muchas veces su efecto es producir una diferencia. Nadie está exento de ser otro.

**IV-** Nadie es imposible. O también: *There are more things*. El sobrino de Edwin Arnett, estudiante de filosofía en la Universidad de Texas, vuelve a la Argentina en 1921, tras la muerte de su tío. La casa La Colorada, donde éste le había revelado el vértigo más íntimo de la filosofía al explicarle el idealismo de Berkeley con una naranja y las paradojas eleáticas con un tablero de ajedrez, había sido adquirida por un extranjero, Max Preetorius, cuya primera medida fue arrojar a un vaciadero los muebles que había en ella.

Después de haber sido rechazada con indignación su demencial propuesta de reforma por el arquitecto Alexander Muir (le había sido encomendado “pergeñar una forma monstruosa”, confesaría después), y la confección de nuevos muebles por el carpintero, finalmente, un carpintero de un pueblo lejano y una empresa de la capital aceptaron realizar los trabajos, “de noche, a puertas cerradas”. Una vez instalado el nuevo propietario, las ventanas no se abrieron ya más y nadie volvió a ver a Preetorius.

Una noche de verano, el joven filósofo, amparado por la oscuridad y la tormenta, entró a La Colorada. “El comedor y la biblioteca de mis recuerdos

---

<sup>16</sup> “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, en *Ibid.*, cit., p. 562.

eran ahora... una sola gran pieza desmantelada con uno y otro mueble. No trataré de describirlos porque no estoy seguro de haberlos visto, pese a la despiadada luz blanca. Me explicaré. Para ver una cosa hay que comprenderla... Ninguna de las formas insensatas que esa noche me deparó correspondía a la figura humana o a un uso concebible. Sentí repulsión y terror... Recupero ahora una suerte de larga mesa operatoria, muy alta, en forma de U, con hoyos circulares en los extremos. Pensé que podía ser el lecho del habitante cuya monstruosa anatomía se revelaba así, oblicuamente, como la de un animal o un dios, por su sombra". En efecto, "¿Cómo sería el habitante? ¿Qué podía buscar en este planeta, no menos atroz para él que él para nosotros? ¿Desde qué secretas regiones de la astronomía... había alcanzado este arrabal sudamericano y esta precisa noche? Me sentí un intruso en el caos"<sup>17</sup>.

Lo inhabitable reaparece aquí con singular intensidad y explicitación. ¿Quién podrá ser el habitante de lo inhabitable? Un elemento preciso en el relato permite conjeturar la referencia autobiográfica. Como el joven estudiante de Texas, Borges volvía a la Argentina en 1921, luego de siete largos años en Europa. Desde hacía cinco, tras intensas luchas con el régimen conservador, por primera vez contaban políticamente las clases populares argentinas con el ascenso al poder de Hipólito Yrigoyen (por quien, al parecer, al igual que Macedonio y otros intelectuales cercanos a él, manifestaba simpatía<sup>18</sup>). Lo cierto es que *There Are More Things*, escrito posiblemente en 1973 ó 1974, desplaza el "monstruo" hacia 1921, pero es el mismo. La parábola es precisa.

La ocupación de la casa de infancia por el misterioso extranjero en el relato de Borges puede ser leída, seguramente, como una variante de "Casa tomada" de Cortázar<sup>19</sup>, relato en el que una invisible presencia ocupa poco a poco la casa que "guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia". No es inverosímil la conjetura –si no me equivoco de Sebreli-, según la cual se trata, también aquí, de una parábola del peronismo. Como se sabe, Borges fue el primer editor de "Casa tomada" hacia fines de los años cuarenta, aunque no creo que le hubiera adjudicado un sentido político. A su vez, estos dos relatos recuerdan a otro de

---

<sup>17</sup> "There Are More Things", en *El libro de arena*, Alianza, Madrid, 1977, pp. 44-45.

<sup>18</sup> Cfr. Abós, Álvaro, *Macedonio Fernández. La biografía imposible*, Plaza y Janés, Buenos Aires, 2002, p. 84.

<sup>19</sup> Julio Cortázar, *Bestiario*, Buenos Aires, 1951.

igual argumento: “El salón dorado” de Manuel Mujica Láinez<sup>20</sup>, y aún otro más, en este caso de inequívoco contenido político, siempre la historia de una usurpación y una casa tomada -me refiero a “Cabecita negra” de Germán Rozenmacher<sup>21</sup>.

Las últimas líneas del cuento de Borges son estas: “Mis pies tocaban el último tramo de la escalera cuando sentí que algo ascendía por la rampa, opresivo y lento y plural. La curiosidad pudo más que el miedo y no cerré los ojos”. Opresivo y lento y plural. La metáfora del “monstruo de mil cabezas” para evocar el pueblo –o, en lenguaje más antiguo, a la plebe o el vulgo-, tiene un extenso recorrido en la historia de la filosofía política, desde la misma *República* platónica. Más aún, el título *La fiesta del monstruo*, del relato escrito con Bioy en 1946, presenta una ambigüedad fundamental: ¿De quién es la fiesta? ¿Quién es, propiamente, el monstruo? ¿El individuo que habla en el balcón? ¿La muchedumbre que ocupa la plaza? En un artículo de 1957 para la revista *Ficción*, en el que reprocha a los historiadores la exculpación de Perón como resultado del “fatalismo histórico”, dice de ellos: “Simulan incoercible sinceridad, pero ni una palabra de condena tienen para los asaltos, los robos, los descarrilamientos y los incendios; aludir a la violencia o al sabotaje podría molestar al *múltiple monstruo*”<sup>22</sup>.

No hay en Borges propiamente Historia, sino restitución arquetípica y mítica de una escena originaria: *El matadero* instituye el avatar argentino de ese arquetipo, con el que dialoga *La fiesta del monstruo*.

La preferencia borgeana por una teología de los hechos sociales, no parece conjugarse, al menos en principio, con una afirmación del individualismo anárquico y lúcido al que recurre una y otra vez. Sin embargo, ambas cosas se alían contra los análisis históricos que se producen en términos de contradicciones de clases, conflictos sociales o procesos económicos, para en cambio confrontar a los hombres de carne y hueso con los dilemas éticos concretos –que en realidad es uno sólo y cuya raíz es mítica. En una página de la polémica con Martínez Estrada a propósito del peronismo,

---

<sup>20</sup> Manuel Mujica Láinez, *Misteriosa Buenos Aires*, Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

<sup>21</sup> Germán Rozenmacher, *Cabecita negra*, edición del autor, Buenos Aires, 1962.

<sup>22</sup> “Un curioso método”, en *Textos recobrados (1956-1986)*, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 252. También: “Fuera de algunos individuos de la Real Academia Española –cuyo sentido del idioma era deficiente nadie creyó en el ‘justicialismo’, *monstruo neológico* que con su eco inexplicable sigue dando horror a una página del abultado diccionario” (*Ibid.*, pp. 291-292) –yo subrayo.

dice: “Ya que todo hecho presupone una causa anterior, y ésta, a su vez, presupone otra, y así hasta lo infinito, es innegable que no hay cosa en el mundo, por insignificante que sea, que no comprometa y postule todas las demás. En lo cotidiano, sin embargo, admitimos la realidad del libre albedrío; el hombre que llega tarde a una cita no suele disculparse (como en buena lógica podría hacerlo) alegando la invasión germánica de Inglaterra en el siglo V o la aniquilación de Cartago. Ese laborioso método regresivo, tan desdeñado por el común de la humanidad, parece reservado a los comentadores del peronismo, que cautelosamente hablan de necesidades históricas, de males necesarios, de procesos irreversibles y no del evidente Perón..., prefiero el hombre de la calle que habla de hijos de perra y de sinvergüenzas; ese hombre, en un lenguaje rudimental, está afirmando, para quienes sepan oírlo, que en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal, o, como dijeron los persas, la luz y la tiniebla, o, como dicen otros, Dios y el Demonio. Creo que el dictador encarnó el mal...”<sup>23</sup>.

Esa teatralidad de lo político, la política como representación en sentido teatral, donde los actores y las máscaras son instrumentos de las mismas antiguas fuerzas que montan localmente siempre la misma obra –a la vez tragedia, drama y comedia-, pareciera implicar una destitución de la política por la teología y la ética. La escenificación de *El simulacro* da la cifra de ese carácter teatral; la puesta en escena consta de una muñeca rubia en un cajón de manzanas sobre un tablón en un pueblito del Chaco, y un conjunto personas simples que hacen cola para dar el pésame a un hombre vestido de luto parado a su lado, circunspecto, no sin dejar antes de salir alguna moneda en la alcancía puesta junto a la muñeca. Siguiendo un procedimiento de abismación, el relato hace del simulacro una cifra. No se trata de la copia de un original –sabemos que Platón reserva el término “simulacro” precisamente para realidades que se insubordinan, que pierden la imagen y la semejanza, que no responden a géneros, paradigmas, ideas o conceptos que se arroguen la originalidad. El simulacro del Chaco es, antes bien, la verdad misma del simulacro de Buenos Aires. “El enlutado no era Perón y la muñeca rubia no era la mujer Eva Duarte, pero tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva sino desconocidos o anónimos (cuyo nombre secreto y

---

<sup>23</sup> “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada” (1956), en *Borges en Sur (1931-1980)*, op. cit., p. 174.

cuyo rostro verdaderos ignoramos) que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología”<sup>24</sup>.

La vieja Argentina, cuya historia se confunde con la leyenda familiar y un linaje de antepasados valientes (“mis mayores”), había sido transformada en la incomprensible habitación del monstruo. En el extremo de este motivo antipopular por antonomasia –no es imposible que estemos aquí ante el peor Borges-, paradójicamente, se forja lo que a mi modo de ver es uno de sus conceptos más lúcidos y de mayor relevancia política.

V- ¿Qué dice Borges de sí mismo? Dice ser agnóstico en teología; escéptico filosofía; conservador, anarquista y cosmopolita en política. Pero, sobre todo, dice ser un “individualista”.

El sujeto de la política no son aquí las naciones, ni las clases, ni los partidos, sino sólo los individuos. ¿Cuáles son las fuentes del anarquismo individualista borgeano?

La más inmediata y reconocida –herencia paterna- es Herbert Spencer, en particular una obra de 1884 llamada *El individuo contra el Estado*. Inspirado en Lamark, Spencer había anticipado ideas de Darwin y, según su teoría, la evolución social culmina en un individualismo pacífico y radical. “Sigo siendo discípulo de Spencer –declaraba el joven Borges-; no digamos el individuo contra el Estado, pero sí el individuo sin el Estado”, y ya casi al final de su vida: “Creo, como el tranquilo anarquista Spencer, que uno de nuestros máximos males, acaso el máximo, es la preponderancia del Estado sobre el individuo... El individuo es real; los Estados son abstracciones de las que abusan los políticos, con o sin uniforme”<sup>25</sup>.

No menos importante, aunque más secreta, es la lectura juvenil de Max Stirner, cuya obra *El único y su propiedad* –a la que Marx y Engels dedicaron la mayor parte de *La ideología alemana*-, contrapone un nominalismo político a la dominación de los hombres por las ideas abstractas (no sólo de Dios, Estado ó Nación, sino también de Socialismo, Revolución ó Proletariado), abstracciones a las que llamaba “fantasmas” y denunciaba como dispositivos de dominación de los cuerpos concretos. Borges leyó apasionadamente a Max Stirner en Ginebra hacia 1920.

Pero seguramente la influencia decisiva en la formación del individualismo anarquista de Borges es la de Macedonio Fernández. “El

---

<sup>24</sup> “El simulacro”, en *Obras completas*, op. cit., p. 789.

<sup>25</sup> “La censura” (1983), en *Textos recuperados (1956-1986)*, op.cit., pp.305-306.

Estado –escribía Macedonio- debe ser meramente el mínimo renunciado de libertad, porque el mayor bien psicológico y económico es la libertad, o porque el bien por coerción casi nunca compensa la degradación psicológica que la coerción inflige a la persona coercida y a la coerciente, la que se traduce en degradación de la persona económica de ambos, del hombre como creador de valores”(...) “Soy antiestatal: toda civilización verdaderamente avanzada en lo sincero es antiestatal”<sup>26</sup>.

En un trabajo reciente, en el que sale al cruce de toda apropiación socialista de Macedonio, Luis Thonis<sup>27</sup> sostiene su inequívoca filiación anglo-norteamericana, frente al ascenso del socialismo y el fascismo durante los años 20. Contrapunto exacto de la deriva política lugoniana, la opción de Macedonio -por la que Borges toma partido- es la exigencia liberal de un mínimo Estado político. ¿Liberal o anarquista? En 1921 Borges presentó en la revista *Cosmópolis* de Madrid un poema de Macedonio, a quien adjudica ser el “iniciador –allá por el borroso 99- de una comunidad anarquista en el Paraguay”<sup>28</sup> (se refiere a la aventura náutica hacia tierra guaraní junto a Julio Molina y Vedia y Arturo Múscari). Como quiera que sea, al igual que su padre Jorge, el joven Borges se involucra desde Madrid en el delirante propósito de la candidatura presidencial de Macedonio para suceder a Yrigoyen en 1922. “El vasto ensueño maximalista –escribía en esos años el perturbador candidato- resuena reciamente con mi fe individualista antiestatal...; debemos esforzarnos para que abandonen el dogma maximalista... que asfixiará al individuo y empobrece a todos”<sup>29</sup>.

Para el autor de *Isolina Buenos Aires*, la Argentina de los años 20 reúne las condiciones para cumplir con el propósito de un “máximo de individuo” y un “mínimo de Estado”, en línea con el ideario político anglo-norteamericano.

Pocos meses después de la muerte de Macedonio en 1952, Borges publicó *Otras inquisiciones*, una de las cuales lleva por título “Nuestro pobre individualismo”. Desde las reflexiones macedonianas de los años 20 habían sucedido muchas cosas: la segunda guerra, el nazismo, el stalinismo y, en la Argentina, el peronismo. La postulación borgeana de un individualismo impolítico, reconocerá una proveniencia y una inspiración extraña, que se

---

<sup>26</sup> Fernández, Macedonio, *Teorías*, Corregidor, Buenos Aires, 1974.

<sup>27</sup> Thonis, Luis, “Macedonio fernández: mínimo de Estado, máximo de individuo”, en *Tokonoma*, n° 8, Buenos Aires, 2003, pp. 46-53.

<sup>28</sup> Citado por Abós, Álvaro, *Macedonio Fernández. La biografía imposible*, op. cit., p.43.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 86.

inscribe en una de sus pasiones más intensas y persistentes: pensar la Argentina.

“El argentino, a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos –dice en un pasaje célebre-, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel: ‘El Estado es la realidad de la idea moral’ le parecen bromas siniestras”<sup>30</sup>. Frente al nazismo y al comunismo, frente al Estado que tiende a su totalización (“el más urgente de los problemas de nuestra época”), “el individualismo argentino –concluye-, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontraría justificación y deberes”. Esa justificación es política. No se trata de un rasgo “meramente negativo o anárquico... [incapaz] de explicación política. Me atrevo a sugerir lo contrario”.

1952. Moría Macedonio en febrero y Eva Perón en julio. Borges, en tanto, escribe: “Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de... un partido que nos prometiera un severo mínimo de gobierno”. Sin esperanza y con nostalgia. ¿Nostalgia de qué?

Los nacionalistas –es el argumento de Borges-, en su insistencia por el color local (“ese reciente culto europeo que deberían rechazar por foráneo”), ignoran en realidad a los argentinos. En efecto, “El escritor argentino y la tradición”<sup>31</sup> –concebido casi como un manifiesto de resistencia contra la política cultural del peronismo-, se debate con *El payador* de Lugones para afirmar que la tradición argentina no es la gauchesca -ni España, ni la nada- sino el universo entero. En el mismo sentido, unos años antes, apenas concluida la guerra y con el peronismo hecho realidad, Borges moviliza

---

<sup>30</sup> “Nuestro pobre individualismo”, en *Obras completas*, op. cit., p. 658.

<sup>31</sup> Tanto en la edición de las obras de Borges realizada por Clemente en 1957, como en la edición de las *Obras completas* –que empleamos aquí- realizada por Carlos Frías en 1974, se hace pertenecer “El escritor argentino...” a *Discusión*, libro publicado en 1932 (el lector de esas ediciones no puede menos que verse sorprendido al encontrar este anacronismo: “Todo lo que ha ocurrido en Europa, los traumáticos acontecimientos de los últimos años de Europa, han resonado profundamente aquí. El hecho de que una persona fuera partidaria del franquismo o de los republicanos durante la guerra civil española, o fuera partidaria de los nazis o de los aliados, ha determinado en muchos casos peleas y distanciamientos muy graves”, p. 272). Más allá de esta operación -cuyo significado, tratándose de uno de los escritos más políticos de Borges, no es menor-, “El escritor argentino...” apareció originalmente en *Cursos y Conferencias*, publicación del Colegio Libre de Estudios Superiores, presentado como la versión taquigráfica de una clase dada allí por Borges el 19 de diciembre de 1951. (Ver Guillermo Gasio, “Borges y la política”, en *Ñ. Revista de cultura*, n° 141, Buenos Aires, 10 de junio de 2006, p. 33).

“antiguas virtudes argentinas”, nuestro arcano político más íntimo que tiene, esta vez, un origen popular. “Las dictaduras –escribe en 1946- fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más admirable es el hecho de que fomenten la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muertas prefijados..., la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor. ¿Habré de recordar a los lectores del *Martín Fierro* y de *Don Segundo Sombra* que el individualismo es una vieja virtud argentina?”<sup>32</sup>.

Nostalgia, entonces, del viejo individualismo solitario y ácrata que obtuvo su mejor emblema en el *Martín Fierro*, documento antisarmientino mayor que la peripecia borgeana invocaba contra el peronismo en 1946.

**VI-** A la idea fuerte de “individuo”<sup>33</sup>, Borges articula, desde una época muy temprana, la de “conjura”. La primera mención de “conjurados” aparece cincuenta años antes del poema de 1985, pero la geografía que entonces invoca no es Ginebra: “En esta casa de América –decía Borges en 1936-, los hombres de las naciones del mundo se han conjurado para desaparecer en el hombre nuevo que no es ninguno de nosotros aún y que predecimos argentino, para irnos acercando así a la esperanza” (*Palabras pronunciadas para la celebración del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires*). La Argentina como tierra de conjura donde hombres de todas las naciones han depositado el patrimonio del universo, dejará su lugar, en la vejez del escritor, a la tranquila Suiza. Habrá que demorarse en este itinerario que es a la vez geográfico y político.

---

<sup>32</sup> “Palabras pronunciadas por J.L. Borges en la comida que le ofrecieron los escritores (1946)”, en *Jorge Luis Borges A/Z*, Siruela, Madrid, 1988, pp. 72-73. Resulta interesante confrontar lo anterior con una declaración formulada exactamente treinta años después: “Una dictadura no me parece censurable. A simple vista, parece que cortar la libertad está mal, pero la libertad se presta para tantos abusos: hay libertades que constituyen una forma de impertinencia” (Revista *Ahora*, 1976) (*Ibid*, p.73).

<sup>33</sup> *Avelino Arredondo* (recreación borgeana de un hecho real, el asesinato en Montevideo del presidente colorado Juan Bautista Idiarte Borda, en 1897) es un relato en el que el individuo actúa (comete el magnicidio) siguiendo solamente el dictado de su conciencia. Es un elogio del individuo solitario y heroico que cumple con lo que considera su deber (“Unos muchachos nacionalistas me preguntaron: ¿pero cómo; entonces cuando él [Avelino Arredondo] tomó esa decisión, a quién representaba? A nadie -respondí yo-, sólo representaba a su conciencia... No, pero está mal, me dijeron. Quiere decir que ya no se entiende un acto individual. Si hubiera sido enviado por un Partido, sí se entendería. Parece que la violencia está bien si se decide en el comité... Se rechaza que uno tome decisiones ante su propia conciencia y luego asuma toda la responsabilidad. Precisamente lo heroico es eso”).



La idea de individuos que secretamente están salvando el mundo gracias a la conjura que su sola existencia pone en marcha, se halla diseminada en varios pasajes de la obra de Borges. “En general, el argentino descree de las circunstancias. Puede ignorar la fábula de que la humanidad incluye treinta y tres hombres justos –los *Lamed Wufniks*- que no se conocen entre ellos pero que secretamente sostienen el universo; si la oye, no le extrañaría que esos beneméritos fueran oscuros y anónimos”<sup>34</sup>. Acaso también *El congreso* -según Borges su mejor cuento- pueda ser leído en clave panteísta, anarquista y antirrepresentativa como la historia de una conjura, que logra su objetivo no gracias al éxito del emprendimiento sino por revelación.

### **Addenda: Borges último**

Casi en el confín del tranquilo cementerio ginebrino Reyes de Plainpalais, sobre una sencilla piedra blanca esculpida por Eduardo Longato leemos el nombre de Jorge Luis Borges. El epitafio consta de unas pocas palabras sajonas: “*and ne forhtedon ná*”, que he leído significan: “y jamás temieron”. En la parte posterior, además de unos caracteres rúnicos, está inscripto: “De Ulrica a Javier Otálora”. Anverso sajón, reverso escandinavo.

El 28 de noviembre de 1985, Borges dejaba la Argentina definitivamente sin despedirse de casi nadie. Consciente de que sería su último viaje, luego de una breve escala en Italia, el viejo escritor llegó a Ginebra. Allí, en el número 28 de la Grand Rue, en ángulo con el callejón Sautier, Borges pasó sus últimos días prefiriendo entre las infinitas lecturas posibles las de Novalis y Voltaire. ¿Fue suya o de María Kodama la decisión de morir en Ginebra? –“cualquier lugar es bueno para morir” le habría dicho un entristecido y resignado Borges a su viejo amigo Bioy Casares poco antes de partir.

Sea como fuere, esa tumba lejana –y esperemos lo esté siempre, habida cuenta de que algún diputado ha propuesto ya su repatriación y no faltarán otras iniciativas similares- se nos impone como un legado mayor, por todo lo que su lejanía significa pero además porque el hombre que allí descansa para siempre ha dejado mucho por pensar.

---

<sup>34</sup> “Nuestro pobre individualismo”, op. cit., p. 659. Esta misma idea se repite en “El hombre en el umbral” (*ibid.*, p. 614) y en el poema “Los justos” (*La cifra*, cit., p. 79).

En el prólogo a *La moneda de hierro* se lee: “Sé que este libro misceláneo que el azar fue dejándome a lo largo de 1976 en el yermo universitario de East Lansing y en mi recobrado país, no valdrá ni mucho más ni mucho menos que los anteriores volúmenes”, y concluye: “Me sé del todo indigno de opinar en materia política, pero tal vez me sea perdonado añadir que descreo de la democracia, ese abuso de la estadística. J.L. Borges, 27 de julio de 1976”<sup>35</sup>. Como se podrá advertir, no es un momento cualquiera en el “recobrado país” para descreer de la democracia. Durante ese mismo año, el más grande escritor argentino almorzó con Videla y con Pinochet; poco antes había calificado a la Junta Militar que usurpó el poder con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 como “un gobierno de caballeros”.

Lo menos importante de esta serie de episodios desafortunados es que le hayan costado a Borges la no adjudicación del Nobel. Se ha insistido poco, sin embargo, en la existencia de un conjunto de posteriores testimonios, tanto privados y periodísticos como literarios, en sentido opuesto al de su posición inicial, entre los cuales no es el menos importante el breve escrito –poco conocido– redactado con motivo de haber asistido el 22 de julio de 1985 a una de las audiencias del juicio oral a los ex-comandantes que por ese entonces se celebraba en la Argentina. Aparecido en el diario *Clarín*, el escrito llevaba por título *La rutina del infierno*. Borges escribió allí: “He asistido, por primera y última vez, a un juicio oral. Un juicio oral a un hombre que había sufrido cuatro años de prisión, de azotes, de vejámenes y de cotidiana tortura... De las muchas cosas que oí esa tarde y que espero olvidar, referiré la que más me marcó, para librarme de ella. Ocurrió un 24 de diciembre. Llevaron a todos los presos a una sala donde no habían estado nunca. No sin algún asombro vieron una larga mesa tendida. Vieron manteles, platos de porcelana, cubiertos y botellas de vino. Después llegaron los manjares (repito las palabras del huésped). Era la cena de Nochebuena. Habían sido torturados y no ignoraban

---

<sup>35</sup> “La moneda de hierro” (1976), en *Obras completas (1975-1985)*, Emecé, Buenos Aires, 1989, p. 121. Ocho años más tarde, en una nota aparecida en *Clarín* el 22 de diciembre de 1983, volverá sobre este prólogo: “Escribí alguna vez que la democracia es un abuso de la estadística; yo he recordado muchas veces aquel dictamen de Carlyle, que la definió como un caos provisto de urnas electorales. El 30 de octubre de 1983, la democracia argentina me ha refutado espléndidamente... Mi Utopía sigue siendo el país, o todo el planeta, sin Estado, o con un mínimo de Estado... Cuando cada hombre sea justo, podremos prescindir de la justicia, de los códigos y de los gobiernos... Nadie ignora las formas que asumió esa pesadilla obstinada. El horror público de las bombas, el horror clandestino de los secuestros, de las torturas y de las muertes, la ruina ética y económica, la corrupción, el hábito de la deshonra, las bravatas, la más misteriosa, ya que no la más larga, de las guerras que registra la

que los torturarían al día siguiente. Apareció el Señor de ese Infierno y les deseó Feliz Navidad. No era una burla, no era una manifestación de cinismo, no era un remordimiento. Era... una suerte de inocencia del mal”.

Se advertirá la semejanza de esta expresión con la que, más de veinte años antes, había empleado Hannah Arendt (a quien sin duda Borges jamás ha leído) en el subtítulo de su libro sobre *Eichmann en Jerusalén*: “banalidad del mal”. Invocando a Grocio, Arendt justificaba allí el castigo como una realidad negativa: no restaura la justicia pero su ausencia nos sumiría en una indignidad aún peor. Tras hablar de “inocencia del mal”, concluye Borges en igual sentido: “Sin embargo, no juzgar y no condenar el crimen sería fomentar la impunidad y convertirse, de algún modo, en su cómplice”.

Según sus propias palabras, Borges fue “indigno de opinar en materia política”; sin embargo, no podría reprochársele oportunismo o deshonestidad, y debemos tomar en serio, con la literalidad más estricta, su crítica de la dictadura, que comienza bastante antes de 1983. En 1980, el diario *La Prensa* publica unas declaraciones suyas en las que condena la represión política en la Argentina y el 12 de agosto del mismo año, en las páginas de *Clarín* aparecería una “Solicitada sobre los desaparecidos” que lleva su firma –junto a la de Sábato, Bioy Casares y Olga Orozco entre otras. El texto decía: “Ante la angustiosa incertidumbre por la que atraviesan los familiares de personas desaparecidas por motivos políticos o gremiales, nos solidarizamos –por razones de ética y justicia- con el reclamo que formulan padres, hijos. Cónyuges, hermanos y allegados ante las autoridades nacionales para que se publiquen las listas de los desaparecidos y se informe sobre el paradero de los mismos”.

Un cierto desvarío político ha coexistido siempre, en Borges con una extraordinaria sensibilidad para la ética, para las “razones de ética”, y de esta conjunción resulta uno de los aspectos más perturbadores de su personalidad pública. Algunos años después de su mencionado almuerzo con Pinochet, en un libro de diálogos con María Esther Vázquez de 1984, y ante una pregunta sobre aquél encuentro, dice Borges: “...confieso que me equivoqué; no me di cuenta de que no se trataba de una razón política sino que se trataba de una razón ética. Ahora, por ejemplo, he recibido una invitación de Paraguay, que no acepté, porque si no apoyo a los militares de aquí, por qué voy a apoyar a los de allá”. ¿La ética salva a Borges de la política? La ética -es decir la

---

historia. Sé, hartamente bien, que este catálogo es incompleto” (“El último domingo de octubre”, en *Textos recobrados (1955-1986)*, op. cit., p. 307.

atención por lo singular, por la solicitud de un rostro, de alguien que tiene una voz, un nombre, un cuerpo- es acaso la pasión borgeana que logra sustraerse y sustraer al mismo Borges de una estetización omnímoda de la realidad; el brazo largo de la literatura que se posa sobre todo, incluso, lamentablemente, sobre la política. La ética salva a Borges de la política porque es su punto de ruptura con la estética, el punto ciego de la literatura. “Una tarde –recuerda en el diálogo con María Esther Vázquez- vinieron a casa las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo a contarme lo que pasaba..., sentí que venían llorando sinceramente, porque uno siente la veracidad. ¡Pobres mujeres, tan desdichadas!... Cuando me enteré de todo ese asunto de los desaparecidos me sentí terriblemente mal. Me dijeron que un general había comentado que si entre cien personas secuestradas cinco eran culpables, estaba justificada la matanza de las noventa y cinco restantes. ¡Debió ofrecerse él para ser secuestrado, torturado y muerto para dar validez a su argumento!”.

En 1985, casi al mismo tiempo que el escrito breve sobre el juicio a las Juntas, aparecía su último libro, *Los conjurados*. El poema final, la última palabra del viejo escritor, nada tiene de literario y sí una dimensión política de suma importancia. Finalmente, la última página de la obra de Borges prescinde con rara lucidez de la literatura, o la subordina. Esa página está aún por ser pensada, como así también la política de la conjura que allí se sugiere. *Los conjurados* incluye también un relato que comienza como sigue: “Nunca sabré de qué manera pudieron entrar en mi casa la noche del 14 de abril de 1977... Sin alzar la voz me ordenó que me levantara y vistiera inmediatamente. Se había decidido mi muerte y el sitio destinado a la ejecución quedaba un poco lejos. Mudo de asombro, obedecí...”. Sabemos que las fechas no son casuales en Borges. Sabemos que en abril de 1977 el secuestro y la muerte cundían por las calles de un país que, al igual que Borges, había “descreído de la democracia”.

Paradójicamente, tal vez como en ninguna otra parte puedan hallarse en la obra de Borges los grandes motivos políticos por venir: la conjura, la ética, el don, la hospitalidad, la resistencia, la amistad, y tal vez, también, las claves para una existencia colectiva menos violenta, para que el país del secuestro, la tortura, la desaparición y la muerte no retorne nunca más.

Encuentro que la tumba desterrada de Borges plantea interrogantes que no son menores y nos deja un significado político afirmativo que no tiene que

ver -como suele creerse- con un presunto resentimiento del escritor hacia un país que no supo comprenderlo ni leerlo. ¿Cuál es el real significado que reviste la decisión de morir en otra parte? Para aprehenderlo en toda su politicidad, quizás debiéramos contrastar ese gesto con la idea –formulada por un teórico de la derecha nacionalista francesa como Barrès- de que toda comunidad se funda en su cementerio. Al contrario, la idea de un cementerio cosmopolita y mixturado, que según mi conjetura es el signo que emite la tumba de Borges, corroe el nacionalismo aún más radicalmente que el anhelo de una “ciudadanía del mundo”. La voluntad de una tumba despatriada, no hace sino concluir la idea de que sólo hay individuos y las teorías, las escuelas literarias, los Partidos, las naciones y los Estados son abstracciones fantasmales destinadas a dominar lo único real: los seres humanos -vivos o muertos.

Durante el siglo pasado, ser comunista era sentir que había una infinidad de desconocidos amigos dispersos por el mundo, trabajando milagrosamente por las mismas cosas, inscriptos en una voluntad común. Era el sentimiento de que en todos los lugares de la Tierra, por recónditos que fuesen, había amigos, había comunistas. Me pregunto si el último poema de Borges, ese manifiesto sin literatura –ese testamento político, incluso-llamado *Los conjurados*, no busca restituir en igual sentido un sentimiento de multiplicada amistad, de fraternidad secreta y sin fronteras.

*“En el centro de Europa están conspirando.*

*El hecho data de 1291.*

*Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.*

*Han tomado la extraña resolución de ser razonables.*

*Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades (...)*

*En el centro de Europa, en las tierras altas de Europa, crece una torre de razón y de firme fe.*

*Los cantones ahora son veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias.*

*Mañana serán todo el planeta.*

*Acaso lo que digo no sea verdadero; ojalá sea profético”.*

No es casual que el lugar elegido para morir, Ginebra, sea aquí el símbolo de una antigua conjura secreta que busca reconciliar a los seres humanos con el hecho de su propia multiplicidad. Este símbolo ilumina esa elección y la carga de sentido. Ojalá sea profético.